

AQUÍ TAMBIÉN PASÓ

Romina Soledad Bada
Categoría docente

Hay silencios que pesan más que las palabras. Silencios que no vacían: llenan. Que no borran: revelan. Yo no lo sabía hasta aquel miércoles gris en que crucé, junto a mis estudiantes de 5°A, la puerta de la Casa de la Memoria de Río Cuarto.

Ahora, mientras escribo estas líneas, vuelvo a escuchar el sonido de nuestras pisadas entrando a la Casa. Nadie hablaba demasiado. Los chicos —que suelen llegar a todos lados entre risas, celulares y conversaciones cruzadas— caminaban más despacio de lo habitual, como si el cuerpo entendiera antes que la conciencia que hay lugares donde uno entra distinto.

Todo había comenzado semanas atrás, dentro del aula.

Los miércoles, en la segunda hora de la mañana, me esperaba 5°A: un grupo movedizo, inteligente, caótico por momentos, de esos que parecen distraídos hasta que una pregunta verdadera logra alcanzarlos. Habíamos empezado a trabajar la última dictadura militar argentina desde distintos lugares: textos, películas, debates, testimonios. Yo buscaba algo más que enseñar fechas. Necesitaba encontrar la manera de romper la distancia fría que suele imponer el manual escolar.

Porque hay una forma peligrosa de enseñar el horror: convertirlo en un tema más.

Recuerdo especialmente el día en que leímos “Graffiti”, de Julio Cortázar. El aula estaba extrañamente callada. Algunos subrayaban frases. Otros miraban el texto con el ceño fruncido. Entonces Nicolás levantó la mano:

—¿Por qué arriesgarse tanto por unas palabras y unos dibujos?

Antes de que yo respondiera, Naomi habló desde el fondo:

—Porque cuando te quitan las palabras, te quitan todo.

A veces la memoria empieza así: con una frase pequeña que se queda temblando en el aire.

Después vinieron las películas. “Argentina, 1985”. “La noche de los lápices”. Y con ellas llegaron preguntas más difíciles. Juan dijo:

—No entiendo cómo nadie hizo nada.

Y yo le devolví otra:

—¿Y vos qué hubieras hecho?

Nadie respondió enseguida.

Pero el silencio ya no era apatía. Era otra cosa. Una grieta.

Entonces organizamos la visita.

La Casa de la Memoria de Río Cuarto no se parece a un museo tradicional. No hay allí una distancia cómoda entre el visitante y lo ocurrido. Todo parece construido para impedir la indiferencia.

Las fotografías miran.

Las cartas respiran.

Los objetos personales —una agenda, un cuaderno, una camisa, una foto familiar— parecen conservar todavía el calor de quienes los tocaron por última vez.

Recuerdo el olor del lugar: una mezcla de papel envejecido, madera antigua y algo más difícil de nombrar. Tal vez ausencia.

Nos recibió Karen, con una calidez serena, y poco después apareció Clarisa Duarte, hija de un desaparecido de la ciudad. Habló sin grandilocuencias. Sin dramatismos forzados. Y quizá por eso dolía más.

Contó cómo habían secuestrado a su padre.

Contó el miedo.

Contó la supervivencia.

Contó la larga pelea por encontrar verdad en un país entrenado durante años para callar.

Mientras ella hablaba, mis estudiantes permanecían inmóviles. Nadie miraba el teléfono. Nadie cuchicheaba. Los veía escuchar con una intensidad que pocas veces aparece en un aula.

Entonces Lucía preguntó, casi en un susurro:

—¿Cómo siguió viviendo después de eso?

Clarisa sostuvo el silencio unos segundos antes de responder:

—Contándolo. Porque si callo, ellos ganan.

Esa frase atravesó la sala como una corriente eléctrica.

Y a mí también.

Porque comprendí, con una claridad brutal, que la memoria no es solamente recordar a quienes faltan. Es impedir que el terror siga teniendo la última palabra.

Seguimos recorriendo las salas.

En una vitrina, Marcos encontró la fotografía de un joven desaparecido. —¡Profe, mire! ¡Es nuestro barrio! —dijo.

Y ahí ocurrió algo.

Algo imposible de planificar.

La dictadura dejó de ser una abstracción.

Ya no era “el pasado”.

Era esa esquina.

Ese barrio.

Esa calle por la que vuelven caminando a sus casas.

Ese chico de sonrisa tímida que alguna vez también tuvo diecisiete años. Vi cómo la historia descendía del libro para instalarse, de golpe, en la experiencia concreta.

Uno de los estudiantes tocó el vidrio de la vitrina con cuidado, como si temiera romper algo

invisible. Y pensé que quizás estaba entendiendo, por primera vez, que la violencia estatal no ocurrió en un lugar lejano ni en una película en blanco y negro. Ocurrió aquí. Entre nosotros. En las mismas calles donde hoy pasan colectivos, bicicletas y adolescentes con uniforme escolar.

Todo país tiene heridas.

Pero hay heridas que, si no se nombran, supuran en silencio.

Esa noche llegué a mi casa y no pude corregir exámenes ni avanzar con planificaciones. Me quedé sentada en la cocina, en silencio.

Pensaba en los chicos.

Pensaba en Clarisa.

Pensaba en la manera en que una visita puede modificar una mirada.

En la escuela solemos creer que enseñar consiste en explicar. Pero aquella experiencia me mostró otra cosa: a veces enseñar es simplemente lograr que alguien vea.

Vea de verdad.

En las semanas siguientes trabajamos junto a la profesora de Geografía. Localizamos centros clandestinos, reconstruimos recorridos, investigamos historias de desaparecidos de Río Cuarto y de barrios cercanos a la escuela.

Los estudiantes comenzaron a preguntar en sus casas.

Buscaban archivos.

Hablaron con abuelos.

Descubrieron nombres que nunca habían escuchado.

—¿Y las familias qué hicieron después? —preguntó Brisa.

Nadie tenía una respuesta simple.

Porque no existen respuestas simples para el horror.

Pero algo importante estaba ocurriendo: ya no repetían información. La interrogaban. Naomi dijo un día, durante una puesta en común:

—Antes desaparecían personas; hoy desaparecen derechos.

Recuerdo el estremecimiento que me produjo escucharla.

No porque repitiera una idea aprendida, sino porque había empezado a construir pensamiento propio. Había comprendido que la memoria no es un ritual vacío ni una efeméride escolar. Es una herramienta para mirar el presente.

Y acaso ese sea el verdadero sentido de estos espacios.

No se trata solamente de recordar lo que pasó.

Se trata de preguntarnos qué hacemos hoy con ese legado. Qué discursos naturalizamos.

Qué violencias toleramos.

Qué silencios aceptamos.

El cierre del proyecto fue durante la Feria Institucional de Escuelas

Técnicas. Pero ese día ya no fui yo quien enseñó.

Fueron ellos.

Prepararon líneas de tiempo, mapas, murales, afiches y exposiciones. Colgaron fotografías de desaparecidos de Río Cuarto de una punta a la otra del aula. Explicaban con convicción. Respondían preguntas. Discutían.

Los vi hablar con una seriedad nueva.

Con una sensibilidad nueva.

Con una conciencia nueva.

Al finalizar la jornada, un padre se acercó con los ojos húmedos.

—Mi hijo nunca había hablado de esto en casa —me dijo—. Anoche no paraba de contarme todo.

Y entendí entonces que la memoria, cuando verdaderamente toca a alguien, desborda la escuela. Se mete en las mesas familiares.

En las conversaciones cotidianas.

En las preguntas incómodas.

En la manera de mirar el mundo.

Hay quienes creen que visitar un sitio de memoria consiste únicamente en mirar hacia atrás. Yo pienso lo contrario.

Entrar a la Casa de la Memoria de Río Cuarto fue, para nosotros, una forma de mirar el presente con mayor lucidez.

Porque la memoria no vive encerrada en vitrinas.

La memoria respira en cada derecho conquistado.

En cada discusión sobre democracia.

En cada joven que se anima a preguntar.

En cada docente que decide incomodar antes que repetir.

A veces vuelvo mentalmente a aquella escena: Clarisa hablando frente a mis estudiantes. Sus palabras suspendidas en el aire. El silencio atento de los chicos. Las fotografías alrededor.

Y comprendo que hay experiencias que dejan de pertenecer únicamente a quienes las viven. Se transforman en herencia.

En responsabilidad.

En promesa.

Pienso entonces en la frase escrita por uno de mis estudiantes al finalizar el proyecto:

“Antes, la dictadura era solo un tema del libro. Ahora sé que pasó acá, en las calles por las que camino todos los días.”

Tal vez ahí resida el verdadero triunfo de la memoria.

No en repetir el pasado como una lección petrificada.

Sino en lograr que alguien, al caminar por su ciudad, entienda que la democracia nunca está garantizada para siempre.

Que el horror no empiece de golpe.

Que primero se instala el odio.

La indiferencia.

El silencio.

Y que recordar es, también, una manera de defender la vida.

Por eso sigo pensando en aquel miércoles.

En las miradas de mis estudiantes.

En el temblor contenido de sus preguntas.

En las lágrimas discretas que algunos intentaron esconder.

Y en la certeza que me acompañó al salir de la Casa de la Memoria:

el Nunca Más no se enseña únicamente con palabras.

Se aprende cuando una historia ajena deja de ser ajena.

Cuando un nombre tiene rostro.

Cuando una ausencia duele.

Cuando entendemos que la memoria no pertenece al pasado.

Nos pertenece a nosotros.